

LA
**GUERRA
DIAMANTE**

Nathalie Greenwood



DEL NUEVO EXTREMO

© 2022, Nathalie Greenwood / Natalia Martín
© 2023, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Alba Navarro Francés
(@kalisdice)

Primera edición: Mayo del 2023

ISBN: 978-84-19467-17-1

Depósito legal: B-9910-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Impreso en España - *Printed in Spain*

“Tienes que tomar el timón y trazar tu propio curso. No te rindas, a pesar de las borrascas. Y cuando llegue el momento, ¡tendrás la oportunidad de probar el corte de tus velas y demostrar lo que vales! Y yo espero poder ver la luz de tus velas ese día...”

El Planeta del Tesoro (2002)



PRÓLOGO

Era de Diamante

LYS, ISLA DE KÖRIA. AÑO 875 D.Q.

Las nubes grises chocaban contra los elevados edificios de Lys, oscureciendo las alturas de la ciudad.

A los pies de los gigantes de cemento y cristal, el viento hacía ondear las largas camisas semitransparentes de las mujeres. Se ajustaban a sus cuerpos con bonitos corsés, las mangas y faldones se movían al compás de sus pasos. Los enormes y pesados collares de piedras preciosas y las extravagantes botas, altas y de tacón, quedaban relegadas a un segundo plano por el hipnótico baile de las telas.

En Lys todo era orden y elegancia. Había cientos de detalles de oro por las calles. Se respiraban el éxito, la comodidad y la falta de miedo, haciendo de la ciudad un lugar deseado. Como si de un preciado diamante se tratase.

En la cima del edificio más alto de todos, la Atalaya, el Gobernador estaba de pie en su acristalado y blanco despacho. Las esculturas vítreas que lo decoraban centelleaban por doquier y reflejaban destellos en su corto pellote de cuero azul marino, también en la saya del mismo color que se le ceñía a los hombros y brazos.

La esbelta figura miraba fijamente a través de uno de los grandes ventanales. Las nubes cargadas casi le impedían ver el mar.

—He hecho lo correcto, ¿verdad? —Se acarició la perilla plateada sin apartar la mirada azulada de la impresionante vista; unos pasos resonaban por el despacho aproximándose a él y una mano se posó sobre su hombro—. Lo sé, tú eres mi milagro. —Tocó la mano posada sobre su hombro—. El DMNT ha sido un avance para Elyssar y el mundo entero estaba de acuerdo. Me eligieron porque confiaban en mí. ¿Por qué dudan ahora? ¿Acaso han olvidado que no hay beneficio sin

sacrificio? —En el reflejo del cristal, pudo ver que su acompañante asentía—. Se equivocan. Hice un descubrimiento revolucionario, que ha supuesto un avance en la medicina y en nuestra calidad de vida. Esos estúpidos activistas solo quieren boicotear y destruir todo lo que he conseguido hasta ahora.

Hice un descubrimiento revolucionario, se repitió para convencerse. Fui yo. No él. Fui yo. Yo, yo...

La figura se mantenía de pie, a su lado, sin decir palabra y con la mano todavía sobre su hombro. El Gobernador esbozó una orgullosa sonrisa mientras proseguía su monólogo, admirando su propio reflejo en el cristal:

—Avisa a las Islas Espejo: todo seguirá como teníamos previsto con el Antiágata. —Se giró y golpeó con el puño sobre la imponente mesa de su despacho—. Esos *dementes* pretenden poner a todo Elyssar en nuestra contra, pero no lo conseguirán. Tenemos el poder y ya es hora de usarlo...

A su espalda, la misteriosa figura que lo acompañaba ladeó la sonrisa con la vista fijada en el horizonte azul de Elyssar.

CAPÍTULO 1

Era de Tormenta

HISIA, ISLA NYR. AÑO 895 D.Q.

Los ciudadanos de Nyr eran personas de fe, fervientes devotos de la diosa Hisia, la proveedora de todos los recursos naturales de Elyssar. O así había sido antes del Quebrantamiento, cuando los cielos menguaron el caudal de los ríos, la tierra dejó de dar flores y frutos, y el viento empezó a quemar tanto como el mismísimo fuego del volcán de Isla Rota.

Los habitantes de Nyr apenas se relacionaban con el resto de islas, que no mostraban demasiado interés por aquel remoto lugar.

A excepción, claro, de su bien máspreciado: las Piedras de Hisia.

Se decía que estas codiciadas piedras escondían cientos de historias y que durante años habían estado ocultas y protegidas en el Templo Dorado de Nyr. Pero siglos atrás habían sido robadas por piratas, y esa terrible afrenta provocó el Quebrantamiento. Muchos ansiaban el poder de las piedras, sin embargo, ninguno supo cómo utilizarlas. Arrancadas de su tierra, las piedras eran inservibles.

Cuanto más exageradas eran las historias que se contaban sobre las piedras más aumentaba su valor, y así fueron vendidas por cantidades desmesuradas de dinero, una y otra vez. Robadas, extraviadas y falsificadas...

Después de tantos años corrompiendo el legado de la diosa, la relación entre Nyr y el resto de Elyssar se había roto sin remedio. Pero no había nada ni nadie que los habitantes de Nyr odiasen más que a los piratas. No tenían escrúpulos, ni fe. Habían desatado la furia de Hisia.

...Y así es cómo Elyssar etiqueta y discrimina. Para ellos no somos más que viles ladrones, pensó Kanessa al recordar aquella vieja historia. Pero son solo viejas historias. El cambio

climático es culpa de la industrialización y no de una vieja diosa olvidada, el Quebrantamiento fue culpa de los hombres.

Negó con la cabeza. Era importante recordar por qué luchaba, pero debía devolver su atención a la isla.

—Cuidado, podrían descubrirnos —susurró.

A pesar de haber superado los cuarenta, Kanessa todavía tenía un cuerpo fuerte y esbelto. Se agachó y mantuvo su arma en alto.

—Sí, capitana —respondió la tripulación, escondida entre los escombros y ruinas del templo.

Acechaban, ocultos detrás de las columnas y rocas polvorientas, el encuentro de dos seguidores de Hisia. Las amplias túnicas de color arena de los monjes, adornadas con encajes en la parte superior y sujetas en la cintura por un fino cordón dorado, que colgaba hasta las rodillas, eran inconfundibles y se mecían al ritmo agitado del viento.

Los intensos ojos color ámbar de Kanessa revisaron cada detalle de los dos hombres. Llevaban guantes con el mismo encaje que las túnicas.

Qué ostentosos.

Una gota de sudor le perlaba la sien. En el desierto de Nyr hacía mucho calor durante el día... y demasiado frío por la noche.

Los seguidores de Hisia se protegían del sol cubriendo sus cabezas con las características boinas de visera de la isla, que dejaban caer un recogido de tela por la parte de atrás, simulando grandes coletas. Se cubrían la boca y la nariz con una tela saliente de la boina. Solo los ojos quedaban a la vista.

En señal de respeto a la diosa, los dos nyreños se saludaron llevándose el dorso de la mano a la frente, en un puño.

—Que Hisia vele por nosotros y nos proteja —se saludaron.

Kanessa se fijó en la marca de la Quintaesencia de sus manos. El círculo estaba marcado en su piel, a hierro y fuego.

—Les dijimos dónde encontrar la piedra Quia, pero aún no hemos recibido nuestra recompensa —murmuró uno de los devotos.

—¿Crees que Hisia nos condenará? Hemos vendido el paradero de una de sus piedras... Estamos impidiendo que vuel-

van a casa, y si nos niega la inmortalidad? —dudó el más bajo de los dos.

—Nadie en el Templo Dorado sabe lo que hemos hecho. ¡Por la diosa! Creen que las piedras siguen desaparecidas. Los más ancianos pronto acabarán muriendo y entonces nosotros los sustituiremos. Y cuando por fin recibamos el DMNT nos haremos con el poder y seremos los reyes de la isla. Las cosas en Nyr van a cambiar.

La tripulación de Kanessa mantenía las armas en alto, aunque sabían que en aquella tierra inhóspita no tenían las de ganar. Si los descubrían, la mejor opción era escapar. En Nyr solo había arena, ruinas y la pequeña ciudad de Hisia. Allí se encontraba el Templo Dorado, donde se rendía culto a la diosa y los isleños realizaban su propio autogobierno. Pero Nyr era una excepción. En el resto de Elyssar, el poder absoluto estaba en manos del Gobernador.

Los dos nyreños siguieron hablando en susurros, nerviosos, hasta que Kanessa sintió un vuelco en el corazón. Uno de los dos hombres acababa de desvelar las coordenadas que habían venido a averiguar.

No puede ser, se dijo. Las manos le comenzaron a sudar. *Contrólate*. Kanessa era gran capitana, pero siempre le había costado mantener a raya los nervios.

—¿He oído bien? ¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre? —preguntó el teniente, acercándose con sigilo hasta ella.

—Tiene que serlo. Aléjate todo lo que puedas para enviar el comunicado a Tuk, ya. Además, diles que en la isla se conoce el paradero de las Piedras de Hisia. Nosotros te cubriremos, pero llévate a un par de los nuestros contigo. Tenemos que asegurarnos de que el mensaje llegue hasta Tuk.

Sin hacer ruido, el teniente golpeó a dos tripulantes en el hombro con la culata de su arma para indicarles que lo siguieran. Los tres avanzaron con cautela hasta adentrarse entre las dunas. Después de detenerse tras unas rocas, el teniente sacó el comunicador de su bolsillo y estiró el brazo. En Nyr las comunicaciones eran limitadas y era difícil poder contactar con el exterior, o contactar desde fuera con la isla.

Mientras, en las ruinas, los misteriosos nyreños termina-

ron de hablar y se despidieron.

Con un movimiento de cabeza, Kanessa indicó al resto de la tripulación que la siguiese. Corrieron a través de las dunas a paso ligero y sin relajar las armas, hasta llegar junto al teniente.

—No nos han seguido. ¿Ha habido suerte?

El teniente le enseñó el comunicador, tenía luz verde. El mensaje había sido enviado.

Pero entonces algo zumbó en sus oídos. El teniente cayó al suelo a su lado, fulminado. Y el resto de tripulantes fueron abatidos uno a uno. Ella solo tuvo de tiempo de darse la vuelta para distinguir a alguien camuflado entre las dunas, antes de desplomarse junto a los demás.

CAPÍTULO 2

Era de Diamante

COSTAS DE IXA, ISLAS TRÍADE. AÑO 875 D.Q.

Una infinidad de navíos de mar y aire abordaban las costas y puertos aéreos de las Islas Tríade. El intercambio entre mercaderes y ciudadanos de diferentes localizaciones de Elyssar solo estaba permitido durante los tres últimos días del solsticio, y hasta allí acudían personas de todas partes... A excepción de los nyreños. Rara vez podía verse a alguno fuera de su isla desierta.

La escasez de recursos movilizaba a todo Elyssar y empujaba a miles de comerciantes a acudir a las Islas Tríade durante esos tres días.

Desde la distancia, se podían apreciar las tropas de comantes vigilando los puertos y tenderetes. Su característico pelo corto y plateado, con dos rayas rapadas a los lados, era inconfundible.

El libre comercio no estaba permitido en Elyssar. Nada entraba ni salía de las islas sin supervisión de los comantes. Eran los ojos, los oídos y, sobre todo, la mano ejecutora del Gobernador. Fieros. Obedientes. Efectivos. La labor de los comantes que trabajaban el comercio del fin de solsticio consistía, principalmente, en impedir la entrada de piratas.

—Ya estamos llegando —dijo John, clavando sus verdosos ojos en la tierra firme y apartándose el pelo castaño de la cara. Miró al capitán, William. Este rio al ver a su mejor amigo con las extravagantes gafas de aviador que le protegían del fuerte viento cuando estaba en la cofa del aerocante.

—¡Recoged las velas principales! —ordenó el capitán.

John alzó el mentón. Su mirada se posó sobre la ondeante bandera. Los dibujos de los cabos que se unían en el centro, formando una piña de contramaestre, parecían estar ardiendo. Cada vez que el viento jugaba con la bandera del Pyros, la

hacía brillar. Unos preciosos destellos rojizos bailaban en las retinas de William.

El Pyros era su aerocante, un magnífico navío volador de mediana envergadura, con un precioso y cuidado casco de color beis, quilla oscura, amplias velas blancas y aletas rojizas.

La tripulación obedeció de inmediato. Las velas quedaron recogidas, provocando un notable descenso en la velocidad del aerocante.

—¡Todo en orden, capitán! —contestó el teniente Hugh.

El Pyros comenzó su descenso, aproximándose al puerto aéreo de Ixa, uno de los tres islotes que, junto a Axo y Oxi, formaban las Islas Tríade.

William se recogió el pelo liso de color tizón en una coleta, y se ató con fuerza las botas de cuero con hebillas. Volvió a clavar sus oscuros ojos rasgados en su mejor amigo, con un simple movimiento de cabeza y una sonrisa decidida. John amarró el aerocante apenas llegaron al puerto aéreo.

—¡Bienvenidos a la Ciudad Colgante! —exclamó Will.

En ese instante, a los pies del aerocante, apareció una comante con expresión hostil.

—Los piratas no pueden atracar.

—¿Piratas?

Arqueando la ceja y con una mueca de desagrado, la comante señaló la bandera del Pyros.

—Cuánta desconfianza... —John sonó ofendido—. Los prejuicios son el detonante de los peores conflictos. —Se apoyó sobre la barandilla y miró cómo ondeaba la flamante bandera.

—Si damos parte de esto tendrás serios problemas, y dudo que el Gobernador quiera mala publicidad sobre la gestión del mercado de fin de solsticio —añadió William con el mismo tono ofendido.

La comante ya había agarrado su comunicador para dar la alarma, pero debía cumplir el protocolo. Solicitó la acreditación y John, tras quitarse las extravagantes gafas de aviador y ofrecerle la mejor de sus sonrisas, se la entregó, despreocupado. Ella cogió su lector y un haz de luz láser escaneó el aerocante.

Luz verde.

—¿Ves? Totalmente legal.

Una luz morada, al contrario, hubiese supuesto el arresto inmediato y total de la embarcación, y de toda su tripulación.

—Bienvenidos, y que Hisia os proteja —dijo la comante tras unos segundos de silencio y le devolvió la acreditación al vigía con repulsión.

—No tenemos mucho tiempo —susurró John al darse la vuelta, borrando la sonrisa de su cara por completo mientras guardaba la acreditación en su largo chaleco de piel negra—. No tardarán en darse cuenta de la falsificación.

—Lo sé. —Se llevó puño a la frente—. Que Hisia vele por nosotros y nos proteja.

El capitán era creyente, aunque no de los más estrictos. Su fe le daba seguridad a la hora de abordar misiones, como si la diosa estuviese realmente ahí para ayudarle y protegerle. Ser pirata no era fácil: creer en algo era un alivio y un consuelo.

—Hisia nos abandonó hace tiempo, querido amigo —se burló John—. ¡Somos piratas!

El capitán le golpeó con el codo.

—¡Eh! —se quejó su amigo.

—Sé que tienes buen corazón. Si no, rezaría para que Hisia te diese un buen escarmiento.

El paisaje a su alrededor estaba saturado de puentes colgantes y levadizos. También se veían escaleras verticales y otras labradas en la misma roca de los peñones. Las interconexiones entre las tres islas eran impresionantes.

—Espero que los pillemos desprevenidos, así escocerá un poco más. —John se refería a su misión. Se frotó las marcas que las gafas le habían dejado con las manos secas y callosas.

Mientras, el teniente Hugh había vuelto al interior del aerocante. Recorrió el largo y estrecho pasillo que comunicaba la cubierta con los compartimentos, hasta encontrarse con Asya.

—¿Nervioso? —le preguntó.

—¿Debería?

La chica se acercó a él de manera insinuante, riendo. Un mechón de su pelo, rojo como el fuego, le caía por delante de la cara. Hugh no pudo contener una sonrisa, agarró a Asya

por la cintura y se acercó más a ella.

—Pues yo sí empiezo a estar un poco nerviosa...

Asya acercó los labios hasta su cuello y lo besó ardientemente. Él se apartó y le llevó el mechón rebelde detrás de la oreja.

—Venga, ahora no puedes dejarme así...

—Seguimos a la vuelta. —La besó de nuevo—. Tú ten cuidado, ¿vale?

Asya lo abrazó con dulzura y se quedaron así, en silencio, en medio de aquel pasillo, hasta que escucharon la voz del capitán, que los estaba convocando.

CAPÍTULO 3

Era de Tormenta

LUM, ISLAS BLANCAS. AÑO 895 D.Q.

Fuertes vientos y grandes heladas envolvían las Islas Blancas. Las magníficas velas de tejidos fuertes se recogían, mientras el Ámbar llegaba a la ciudad de Lum. El aerocante sobrevolaba el mar y, tras atravesar la niebla, le quedaron muescas de escarcha en el casco y los mástiles.

Las hélices y poleas soportaban la helada. Habían sido diseñadas para aguantar temperaturas extremas. Sin embargo, no eran indestructibles. Se habían desgastado durante la travesía y el Ámbar debía atracar cuánto antes.

El pulso de Michelle se aceleraba por momentos, haciéndole entrar en calor. Su pelo rubio, humedecido por el sudor de la frente, se agitaba con el fuerte viento. Las maderas del suelo por el que corría crujían a su paso, al compás del romper de las olas.

Frenó la velocidad del aerocante con ayuda de las velas laterales, hasta que detuvo el vuelo. La gran hélice de la proa cesó su movimiento: el Ámbar rozó el agua y dejó el cielo.

Agarró un cabo y se subió al bauprés. Asomados por la delantera de aquel desgastado aerocante, los ojos verdes de Michelle se posaron sobre el paisaje blanco que tenían ante ellos. Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro mientras el navío temblaba al entrar en contacto con el agua.

Estaba en casa.

La tripulación del Ámbar amarró el aerocante en el helado puerto marino de la ciudad más al norte de las Islas Blancas.

—Por fin —susurró Michelle.

Inhaló profundamente por su pecosa nariz, y sus pulmones se llenaron del aire puro de su hogar, mezclado con el ambiente húmedo y salino.

Le encantaba.

Cogió su chaqueta de cuero granate, corta por delante y larga por detrás, y bajó por la borda del aerocante acompañada de su fiel amigo Ron, un juguetón y escurridizo armiño blanco.

Esperó con los brazos cruzados y postura despreocupada a que descendiesen el teniente y el resto de tripulantes del Ámbar.

—¿No se supone que el capitán siempre es el último en abandonar el navío? —se quejó Cèdric.

—¿No me digas que no tienes ganas de un trago? —La capitana pestañeó lentamente e hizo un puchero—. No podía esperar...

—¡Ya estabas tardando en sugerirlo!

—¿Entonces a qué esperamos?

Ron correteó por los brazos de Michelle, que lo acarició con delicadeza cuando se instaló finalmente sobre sus hombros.

—No os metáis en líos esta noche —dijo el teniente del Ámbar, pasando un brazo sobre los hombros de Cèdric.

—Con ella eso es imposible. —Cèdric señaló a Michelle.

Al teniente se le escapó una carcajada y los ojos grisáceos de Cèdric brillaron al ver reír a su padre. Pocas veces lo veía tan relajado y se sintió realmente aliviado al oírle reír así, aunque solo fuese durante escasos segundos. Desde hacía años la oscura sombra que lo acompañaba eclipsaba todas sus emociones. Y a Cèdric eso le pesaba tanto como si cargara el gran ancla del Ámbar a sus espaldas.

—Tranquilo, tío. Yo me pelearé primero y así se le quitarán a él las ganas. —Michelle despeinó a su primo.

Cèdric resopló.

—Aprovechad y descansad, amigos. Estoy seguro de que no tardaremos en partir de nuevo. Mi sobrina es incapaz de quedarse quieta en el mismo sitio mucho tiempo. —El teniente chocó el puño con Michelle y le dio unas palmadas en la espalda a su hijo.

La mayor parte de la tripulación ya se había despedido, y solo quedaban en el muelle los más jóvenes. El viento agitaba la niebla, ocultando y emborronando sus figuras.

Lejos de la vista de su hijo, el teniente Hugh se desvió de

su camino. Antes de volver a casa, pasaría por el acantilado Kaffek. Sabía que necesitaba olvidar, dejar de culparse... Pero una fuerza mayor siempre lo arrastraba hasta aquel lugar.

Los cuatro jóvenes se dirigieron a Nieve Oscura, el bar más popular de la ciudad, cuya entrada se encontraba a los pies de una montaña rocosa, a las afueras de Lum.

Allí podrían beber todo el ron y la cerveza que quisiesen.

—¿Invitas tú, capitana? —preguntó Qarmen con altivez, clavándole sus grandes ojos azules.

—Vaya, vaya, *ojitos lindos*. —La voz de Michelle sonó divertida—. Yo diría que hoy invita el opalión que saqueamos hace tres días. —Zarandeo un saquito de tela lleno de monedas que tintineaban al chocar entre ellas.

Caminando por las calles de su gélido hogar, una agradable sensación recorría el cuerpo de los jóvenes tripulantes del Ámbar. Habían echado de menos Lum, pero sobre todo habían echado de menos el olor y el calor que dejaba en la garganta una buena cerveza nortea.

Qarmen se detuvo al pasar por la plaza de la ciudad, donde había una gran estatua de mármol.

—No dejaré de sorprenderme —susurró.

Las miradas de los tripulantes recorrieron las siluetas de las dos figuras humanas abrazadas que tenían delante. Su postura era erguida, estaban de pie y envueltas en un gran manto. La técnica de paños mojados era bellísima. Y si hubiese ido acompañada de color amarillo o anaranjado, hubiese sido aún más impresionante. Era el color que habían adoptado los dementes. El color que utilizaban en cualquier revuelta y provocación a la capital.

Qarmen se acercó un poco más. Quería ver de cerca, bordado en un lateral del manto, el círculo con cuatro rayas simétricas que lo dividían en ocho fragmentos. Todos conocían su significado, aunque no hablaban de ello en público.

Nadie se atrevía a mencionar la Alquimia.

—Por muchas veces que pase por aquí... —Se estremeció.

Kivar se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. Los frotó con delicadeza.

—Tranquila.

Cèdric deseó ser quien estuviese entre los brazos de Kivar, pero no pudo evitar fijarse en los carnosos labios de Qarmen y pensar en...

Pero ¿qué me ocurre?, se dijo.

Los cuatro compañeros siguieron observando la curiosa estatua, que se había erigido tras la Guerra Diamante. Aunque los *diamantes*, los fieles a la capital y al Gobernador, habían intentado eliminar cualquier rastro de la rebelión, no habían podido con la cabezonería norteña ni con los rebeldes de la Alquimia. Y la estatua seguía en pie.

Ya no quedaba ningún *diamante* en las Islas Blancas. Todos emigraron a la gran Isla de Kōria, lejos de los «dementes» y de todos los que nunca habían ingerido DMNT.

—Será mejor que sigamos, o nos quedaremos sin sitio. — Kivar miró de reojo a Michelle—: ¡Y luego a ver quién aguanta sus quejas!

Qarmen se recogió los oscuros y lisos mechones de pelo que el viento había revuelto por detrás de las orejas.

—Vámonos.

Se adentraron por una pequeña calle de viviendas y tiendas. Ninguna superaba la segunda planta, todas tenían la misma altura. Los colores de las viviendas, mercados, lonjas y talleres se alternaban entre blancos y marrones. Una sencilla, pero armoniosa, combinación.

Las vidnas jugaban con sus luces, iluminando fachadas y viandantes. Estos cristales artificiales de forma romboidal emitían una luz azulada, ya estuviesen ancladas a las fachadas o flotando por la energía gravitatoria.

Cèdric no pudo evitar fijarse en cómo la luz recorría la silueta de Kivar. Deseaba poder acariciarle así: suave y delicadamente, por cada una de sus curvas.

—Qué bonito es Lum —dijo Kivar.

—Al final os vais a instalar aquí... —Cèdric vio la oportunidad de bromear con él y el amargor de su sangre se endulzó.

—Deberíamos —Qarmen contestó con tono divertido.

Kivar se pasó las manos por el pelo, hasta llegar al moño que recogía su cabello castaño; siempre lo llevaba recogido cuando estaba en el aerocante. Soltó la goma y dejó que el

aire lo meciese, rozando ligeramente sus hombros. Más de un suspiro se camufló entre los soplidos del viento. Y Kivar lo sabía.

El característico perfume a océano, algas y pescado inundó la nariz de Michelle. En el norte, el viento soplaba fuerte y arrastraba consigo todos los olores de la isla. Pero, a pesar del hedor a pescado, el sonido del mar rompiendo contra las rocas de sus costas era de lo más bonito de todo Elyssar.

—Ya sabes lo que opino de este cubito de hielo. Apesta a pescado, igual que el Ámbar —añadió Kivar pasando un brazo sobre los hombros de Cèdric—. Y por eso me gusta tanto.

Cèdric se sonrojó hasta las orejas, e intentó disimular girando la cara. La actitud tan cercana de Kivar provocaba una oleada de adrenalina en su interior.

—Ya te vale, Kivar. No todas las islas de Elyssar pueden tener el encantador perfume a agua dulce y flores de la Isla Irinâ —añadió Qarmen, que había notado el rubor de Cèdric.

—Queridos *boquerones*, dejad de discutir. Está claro que el mejor olor de todos sin duda es el del ron, y eso lo podemos comprobar ahora mismo y aquí dentro. —Michelle señaló la entrada de Nieve Oscura—. ¿Qué os parece si dejamos de hablar de pescado y entramos de una maldita vez?